

La Página de NICOMEDES



LA QUIJADA DE BURRO

(DEL FOLKLORE PERUANO)

Instrumento del folklore peruano, la carraca o carachacha, nombres onomatopéyicos que vienen de su propio sonido, es más conocida por quijada de burro, incluso en sí, los arados de la malaca y el guiro, combinados, y a su vez el instrumentista podría quitarse el pelo del Lamborin. Así pues, como ya lo anulara el recientemente desaparecido señor cubano Fermán de Dicit, "La quijada es un instrumento percusivo, sacuditivo y frotativo, según la manera como sea frotado; y no es raro que en un mismo toque se suene sucesivamente de todos los modos".

En Cuba, Haití y otras partes de América se conoció la quijada, pero es sólo en el Perú donde aun sobrevive y quizá fuera el Perú su lugar de origen ya que este instrumento como no procede como tal de África y puesto las más antiguas crónicas peruanas dan cuenta de su temprana presencia en manos de negros esclavos en Trujillo, cobrados mandinga, de San Lázaro, etc.

Al respecto, el estudioso peruano, don Fernando Romero, en un breve estudio sobre "Instrumentos musicales de posible origen africano en la costa del Perú", cita tres documentos del siglo XVIII que hablan sobre el uso de la quijada como instrumento musical entre los negros, además de dos del siglo XIX: "El lezallito de chiegos caminantes", Concolorervo, 1773; "Mercurio Peruano", 1791; "Trujillo del Perú a fines del siglo XVIII", Obispo D. Baltazar Jaime Martínez Compañón.

PANCHITO FIERRO

Aparte de la documentación gráfica encomendada por Martínez Compañón, tenemos en las inimitables acuarelas del pintor mulato Pancho Fierro (1803-1879) un claro testimonio del uso de la quijada en la orquesta del Son de los diablos. Son dos las versiones dejadas por Fierro.

LA QUIJADA ACTUAL

Tendríamos que empezar por convenir en que en Lima ya no hay burros (salvo que algún estudiante nos demuestre lo contrario). Pero será bueno aclarar que la famosa, nuestra famosa quijada de burro... ¡no siempre es de burro! Para su uso como instrumento también se emplea la quijada de mula y aun la de caballo. Se da preferencia a la de burro —y aún a la de pollino— por su menor tamaño y menor peso.

Ahora bien, si al fin tenemos la suerte de conseguir una quijada, lo más probable es que no suenen sus molares por conservar a dihardos, entre las piezas y alveolos, restos momificados de carne. Conviene entonces rociar con ron de quemar sobre las muelas y prenderle fuego por unos instantes. Repetir esta operación varias veces y, finalmente, rrociarla bien en ron de quemar y dejarla en el techo o azotea para que seque al sol. Al cabo de

varios días de repetir esta última operación se advertirá que las muelas empiezan a aflojar y al menor golpe sueltan su peculiar sonido —carraciento, de donde le viene a la quijada el onomatopéyico nombre de carachacha, hoy en desuso—.

RITMOS CON QUIJADA

Aparte del son de los diablos, la quijada también interviene como ritmo en el festejo. Es básica en el panalvito y... ¡creo que allí termina todo su campo de acción. Aunque ahora, los "innovadores", son capaces de incluirla en el vals criollo, la polca y ¡horror! la marinera.

La forma típica de tocar la quijada es cogiéndola con la mano izquierda por el espacio limpio que queda entre los caninos y molares, lo que viene a ser la barbilla. Luego, con la mano derecha empuñando un trozo de costilla de carnero se golpea con el puño sobre la pala de la quijada —lo que produce el sonido vibratorio de las muelas— y se frota sobre los molares con un trozo de costilla de carnero. Lógicamente, la combinación de estos golpes, percusivos y fricativos, debe ser a ritmo, sincopado, en el son de

los diablos y en el festejo; y en los tiempos fuertes para el panalvito.

Al golpear la quijada con el puño se deberá tener en cuenta que un golpe demasiado fuerte puede romperla en la unión de la barbilla quedando inservible. Así también, al aflojar las muelas no deberá excederse el trabajo, pues las muelas muy sueltas se salen de sus alveolos y se pierden fácilmente. Hay casos en que la osamenta de un burro ha permanecido tanto tiempo a la intemperie que el sol y los años se encargaron de dejarla a punto, y es así que sólo hay que retirarla del esqueleto y empezar a tocar, con licencia del difunto jumento. Una quijada así, con prolongada vibración y riquísimo sonido, resulta una joya.

En Cuba hubo excentricidades como la de unir dos quijadas embisagrándolas por el lado de sus articulaciones para entrechocar los incisivos; fabricarle un asidero de sogá para tañirla como sacuditiva; agregarle cascabelos; frotar las muelas con varillas metálicas, etc.

En nuestra costa peruana, lo único que he visto son quijadas decoradas con vivos pintarrajos y tocadores que portan su instrumento en adecuado y elegante estuche.

